

“... y a que leche escribía la condenada...”

Voy a contaros una vivencia que más que bonita es tierna, y más que graciosa es singular. Y por ser así de tierna y singular me voy a permitir identificar a quien la vivió y contó.

Se llamaba Germán Blanco, fallecido hace ya varios años, y que era uno de aquellos guardias civiles, que en aquella época, cuando se retiraban ingresaban como ayudantes o personal subalterno en entidades financieras u organismos oficiales.

Me gustaba cuando me contaba alguno de los muchos “acaecimientos” que había tenido en el desempeño de su labor como guardia en unos años en que patrullaban a pie por la noche, eso sí, siempre en pareja, por oscuros caminos que unían diferentes poblaciones; localizando a maleantes, interviniendo atestados o ayudando a sus vecinos.. En una ocasión me impresionó el oírle contar como había intervenido en la Peña Amaya, durante varias jornadas, en la búsqueda de Elicio Rojo (*quienes no peináis aún canas podéis preguntar o investigar quien fue ese personaje*).

Una vez le pregunté si había sentido algo de miedo en alguna de aquellas situaciones tan delicadas, y aquí viene lo bueno... al responderme que la única vez que había sentido un desasosiego enorme, fue una noche trabajando ya en nuestra Entidad, que por entonces aún era Caja de Burgos. Lo que le ocurrió aquella noche es la sustancia de una historia que estoy deseando comenzar a contaros:

Otro compañero, que se llamaba Federico, desempeñaba las funciones de vigilante nocturno en la antigua oficina central, entonces se les llamaba “serenos”, y cumplía con este cometido todas las noches de la semana, excepto la de los lunes en que descansaba.

Y fue en uno de esos lunes nocturnos cuando le tocó al bueno de Germán hacer la sustitución en esa labor de vigilancia. Pero había sucedido que la semana anterior se había instalado, por primera vez, en la planta baja del edificio un teletipo, que tenía la perversa manera de soltar, a eso de las tres de la mañana, las cotizaciones de bolsa, (*entonces no existía el mercado continuo*), y al poco tiempo hacía lo mismo con los cambios de moneda. Pero nadie cayó en la cuenta de advertirle a nuestro hombre de tal circunstancia...

Se daba la curiosa coincidencia de que German desconocía, en ese momento, la existencia de un artilugio que pudiera escribir solito, y menos aún que lo hiciera lo largo de la noche.

Y así ocurrió que cuando estaba haciendo una de las rondas nocturnas, recorriendo uno por uno los diferentes departamentos del antiguo edificio, le pareció oír el tableteo de una máquina de escribir...

Me comentó que empezó a sentir inquietud, aunque no miedo, al entender de que hubiera alguien en la oficina, sin el saberlo y en horas tan inadecuadas.

Me contó también que bajó las escaleras con mucho sigilo, y que se fue acercando al lugar donde se oía a la máquina conforme a lo que le habían enseñado en el Cuerpo, es decir “*ver sin ser visto*”, y que por eso lo hizo casi a gatas y saltando de columna a columna...

Pero lo peor acaeció cuando descubrió que allí no había nadie y que la máquina estaba escribiendo sola... y además, *¡a que leche lo hacía la condenada!*... Fue entonces cuando sintió tamaña tribulación, que él mismo confesó llamarlo miedo.

No me atreví a preguntarle lo que pasó en esos momentos por su cabeza, pero me lo puedo imaginar.

Lo que sí me manifestó es que fue incapaz, cuando la máquina enmudeció, de aproximarse para ver lo que se había escrito, ya que sintió la enorme necesidad de alejarse del lugar, aunque sin dejar de observar desde lejos al misterioso aparato...

Lo que no me contó, pero también imagino, es cómo debieron transcurrirle las cuatro horas restantes hasta que se fueron incorporando los compañeros que se lo explicaron todo...

*Hasta aquí esta vivencia que,
por tierna y singular,
siempre me ha apetecido contar.*